

¿Ucrania nuclear?

RAFAEL L. BARDAJI

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CON la desaparición de la URSS, la República de Ucrania se encontró poseedora en su suelo de parte del arsenal estratégico soviético. En concreto, 176 misiles intercontinentales (130 SS-19 y 46 SS-24) que sumaban más de 1200 cabezas nucleares, así como 41 bombarderos equipados con misiles de crucero (21 Tu-95H Bear y 20 Tu-160 Blackjack).

No obstante, dichas fuerzas, más las 3000 cargas nucleares tácticas repartidas en distintas guarniciones del Ejército Rojo en Ucrania, se consideraban no propiedad de las autoridades de la nueva república, sino arsenal de la Comunidad de Estados Independientes, tal y como acordaron los líderes de la recién creada CEI en su declaración sobre armamento estratégico de Alma-Ata (21/12/91), revalidado en su reunión de Minsk, dos meses más tarde (14/2/92).

Es más, continuando con la línea marcada por su declaración de independencia de julio de 1990, el artículo 1 de la Ley de Defensa de Ucrania afirmaba "la intención solemne de convertir a Ucrania en un estado neutral, sin armas nucleares, en el futuro". De ahí que pareciese lógica la declaración conjunta de Bielorusia y Ucrania de adherirse al régimen del Tratado de No proliferación.

Sin embargo, hoy todavía Ucrania no sólo no ha firmado el TNP tal y como había prometido, sino que no ha devuelto a Rusia los misiles para su destrucción, ni parece que quiera hacerlo. Es más, el Parlamento postpuso el 2 de junio de este año, la decisión de ratificar el Tratado START I, dando así, de momento, un carpeazo simbólico a la política de desarme.

Que Ucrania se convierta en una potencia nuclear en Europa de pri-

mer rango y que, además, juegue con los acuerdos tan laboriosamente labrados por los EEUU y Rusia no puede ir con los intereses de la comunidad occidental e internacional. Pero para evitar que eso ocurra, hay que prestar atención a los motivos del cambio de actitud de la ex-república soviética, comenzando desde el principio.

LA DESNUCLEARIZACION TACTICA

Como hemos señalado, Ucrania se declaró a mediados de 1990 partidaria de "no aceptar, producir o adquirir armas nucleares en su territorio". Pero las motivaciones de tal actitud sólo encuentran una explicación meramente circunstancial y no una filosofía y compromiso político de fondo.

Efectivamente, cuando Ucrania adoptó su política de desnuclearización, su principal objetivo histórico estribaba en la independencia de la URSS, de Rusia, si se prefiere. Ningún otro elemento físico y material podía suponer una mayor vinculación -y dependencia- de Moscú que las armas nucleares. Tal vez la situación de las armas tácticas fuera distinta, pero en lo referente al mantenimiento, operatividad, mando y control de los misiles en los silos, sólo Rusia estaba en condiciones de asegurarlo. De haber pretendido ejercer el control total sobre dichas armas, Ucrania no estaría sino manteniendo una ficción, porque sin los rusos, dichas armas no servirían para nada.

Es más, avanzando el deseo de desnuclearización, los líderes ucranianos pensaban granjearse el apoyo occidental para su causa nacionalista. Dada la preocupación occidental por el problema de la proliferación,

una Ucrania no nuclear conseguiría una mayor aceptación internacional y, por lo tanto, más ayuda.

Igualmente, dadas las dificultades económicas de la separación, retener los misiles supondría tener que desti-



nar fuertes recursos a dichas fuerzas y todavía más a la industria que tuviera que darles apoyo de la que Ucrania carecía del todo.

Si a eso le sumamos que en el momento de la declaración, Ucrania aún no tenía fuerzas armadas propias y que, por tanto, la influencia militar y estratégica en el razonamiento político era muy baja, se comprende bien la voluntad de desprenderse de una herencia cargada de problemas.

EL CHALANEO

En agosto de 1992 las autoridades ucranianas y rusas llegaron a un nue-

vo acuerdo para la devolución de los misiles estratégicos y su posterior destrucción en suelo de Rusia. Sin embargo, tras darse a conocer días después el compromiso de los EEUU tanto de comprar uranio enriquecido procedente de las armas ex-soviéticas a ser destruidas por los acuerdos de desarme por un valor de 5-10 mil millones de dólares, así como de aprobar un programa de ayuda técnica y financiera para conducir con seguridad la destrucción del arsenal estratégico afectado por el START, el presidente de Ucrania, Leónidas Krachuk, y otros responsables políticos, como el presidente de la comi-

sión parlamentaria de asuntos exteriores, Dmytro Pavlychko, comenzaron a pensar seriamente en la conveniencia de destruir ellos mismos los misiles.

Ucrania, según algunas estimaciones, requeriría unos dos mil millones de dólares para ello, más ayuda técnica para tratar el combustible líquido de 130 de los 176 misiles, puesto que, aparentemente, no dispondría de la habilidad ni de reprocesarlo ni de almacenarlo de forma segura.

Además, si se tiene en cuenta que el material fisible podía ser puesto en el mercado al precio medio de 500 millones de dólares por tonelada de plutonio y 100 la de uranio enriquecido, la contribución a la revitalización de la economía no era desdeñable. Es más, ciertas voces comenzaron a criticar la devolución sin condiciones de las armas nucleares tácticas, un buen pellizco monetario.

SEGUNDOS PENSAMIENTOS

Sin embargo, no todo es cuestión de dinero en Ucrania. A medida que pasaban los días de 1992 y crecía la incertidumbre sobre la viabilidad de Yeltsin en el Kremlin -o de su proyecto político para Rusia-, las preocupaciones sobre la seguridad de la región comenzaron a valorarse más seriamente. Ucrania no tiene problemas al Oeste, sino que mira al Este, a ese gigante que se desmorona y que se llama Rusia.

Para un estado inseguro, joven, cuyas fuerzas armadas están en período de constitución y, no lo olvidemos, todavía negocia el reparto de su flota con Rusia, las armas nucleares representan una buena, fácil, clara y económica alternativa. Máxime cuando se han encontrado con ellas. En una visión copiada de la disuasión francesa del "débil al fuerte", las autoridades ucranianas piensan que ese centenar y medio de misiles representan la mejor garantía para negociar con cierta credibilidad frente a los rusos,



amén de garantizarles una fuerza de disuasión que sólo con sus fuerzas convencionales no dispondrían.

Ucrania, además, racionaliza su posesión nuclear ante la falta de garantías de seguridad por parte occidental. Krachuk ha reiterado el deseo de su país de pertenecer a la OTAN o, en su defecto, de instituir un auténtico sistema de seguridad paneuropeo. En la medida en que ni lo uno ni lo otro es posible, la seguridad debe descansar sobre su base nacional. Las armas nucleares se entregarían sólo cuando una institución colectiva tendiera compromisos con la defensa de Ucrania frente a Rusia u otro agresor potencial.

En tercer lugar, habida cuenta de la falta de respuesta occidental tanto en el terreno estratégico, como en el político, como en el financiero, hacia Ucrania -tal y como lo perciben sus líderes-, deshacerse de un armamento de altísima significancia internacional significaría perder probablemente la única baza de la que disponen los ucranianos para hacerse oír en Europa y en Occidente. De nuevo siguiendo el ejemplo francés, el átomo les concede automáticamente un prestigio y un peso que sin él nadie les otorgaría.

Evidentemente esto choca con la opinión anterior de que la comunidad occidental presionaría a Ucrania para que no se nuclearizase, incluso vía presión o sanciones, pero algo ha convencido a las autoridades y políticos en Ucrania de que el mundo acomodaría dicho status nuclear sin graves consecuencias.

LA IMPORTANCIA DEL START

En julio de 1991, el presidente Bush y el todavía líder de la URSS, Mijail Gorbachov sellaban el START I por el que reducirían a unas 6000 cabezas sus arsenales estratégicos de aquí a final de siglo. Superados en las negociaciones muchos de los obstáculos políticos y técnicos, la continuación del desarme se volvía mucho más fácil y rápida. De esa forma, el 3 de enero de este año, 1993, Bush y Yeltsin firmaban el START II, con la ambición de recortar sus arsenales hasta dejarlo

con un techo máximo de 3500 cabezas.

Lógicamente, para avanzar en el START II se requería el cumplimiento previo del START I. La dificultad estribaba en que entre julio del 91 y enero del 93 el interlocutor de los EEUU, la URSS, había desaparecido y en su lugar los norteamericanos se encontraban con la lógica sucesora, Rusia, pero también con otras tres repúblicas poseedoras de armas estratégicas, Bielorusia, Kazajstan y Ucrania. El START II sólo se ha firmado con Rusia en la esperanza de que dichas repúblicas, heredando los compromisos del START I, devolvieran o destruyeran sus misiles.

De hecho, los EEUU presionarían a estas repúblicas en ese sentido y si se llegó a Moscú para el START II fue gracias a un protocolo firmado por ellas y Rusia con los EEUU en Lisboa a finales de mayo de 1992, en el que dichas repúblicas aceptaban explícitamente los acuerdos del START y prometían firmar el TNP lo "antes posible".

Pero de nuevo, a medida que pasaban los meses de 1992 y los ucranianos cambiaban de opinión sobre el valor de sus armas nucleares, su vinculación al protocolo de Lisboa se ponía también en entredicho, al menos en la práctica.

En efecto, la decisión actual de diferir el debate parlamentario sobre el acuerdo de desarme significa que Ucrania, de no ratificar el START I, se ha convertido en la llave para la ejecución del acuerdo de desarme más ambicioso de toda la historia, el START II.

Seguramente los EEUU encontrarían vías políticas para avanzar en el desarme con Rusia, pero la línea dura en Moscú se replantearía los techos bajos si en lugar de vecinos no nucleares, tuviera que meter en la ecuación a una Ucrania con más de 1000 cabezas (sólo 3:1 de superioridad rusa).

¿QUÉ HACER?

De inmediato, el nuevo gobierno americano ha prometido un paquete de ayuda financiera (de algo más de

100 millones de dólares) para Ucrania, pero esa no puede ser la solución. Los ucranianos no piden ya solamente ayuda monetaria -están convencidos de que la acabarán obteniendo-, han encontrado en sus misiles mucho más: prestigio y una buena pieza para lograr sus intereses de seguridad.

Por lo tanto, cualquier opción que no tenga en cuenta el valor político actual de los misiles para Ucrania está condenada a fracasar. Los misiles, como hemos visto, representan un puente hacia la comunidad occidental y una barrera frente a Moscú. Y sólo asegurando esas posiciones de otra forma, esas armas podrán ser eliminadas.

Evidentemente, la posibilidad de sucumbir a lo que algunos consideran un claro chantaje (sobre todo por la política de obstrucción ante el START II) es una realidad poco o nada agradable. Máxime si cunde el ejemplo en otros países. Pero la alternativa no es mucho más beneficiosa, sería contar con 4 potencias nucleares en lugar de una en el Este de Europa.

Ciertamente, los occidentales hemos convivido con los arsenales americanos, franceses y británicos sin mayores problemas, porque eran aliados. Y si éstas potencias caminan hacia su normalización, no habría que temerlas más que a las otras, se suele decir, pero no es cierto. En primer lugar, hay que recordar que las armas nucleares sí son sistemas cualitativamente distintos y que su mera aparición en un área condiciona los planteamientos de seguridad de todos los vecinos de la zona; en segundo lugar, cabe recordar también que estamos hablando de sistemas intercontinentales, capaces de llegar a cualquier punto del globo, desde Canarias a Texas; en tercer lugar, que la situación política de los actores directamente envueltos no es muy estable y de evolución incierta; y, por último, que hay países fuera de Europa que seguramente estarían muy motivados a llegar a poseer o sistemas, o componentes o conocimientos sobre el arsenal nuclear, como Irán, por poner un ejemplo. Y eso es algo que debería preocuparnos aún más ■